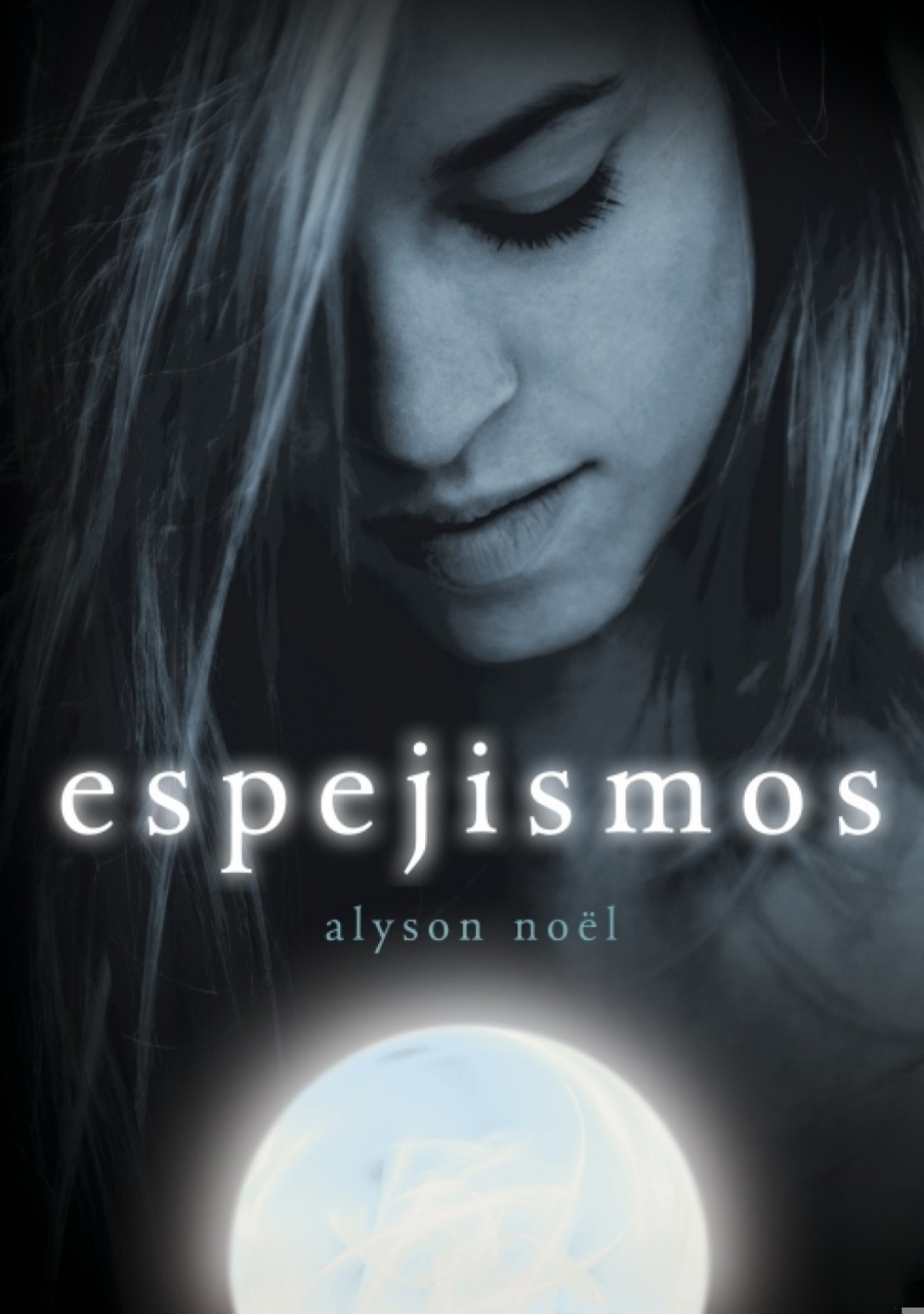




espejismos

alyson Noël



espejismos

alyson noël

montena

www.megustaleer.com

(c) Random House Mondadori, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Blue Moon*

Diseño de la cubierta: Judith Sendra / Random House Mondadori

Primera edición: septiembre de 2010

© 2009, Alyson Noël

© 2010, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Concepción Rodríguez González, por la traducción

Fotografía de la cubierta: Chica © Zen Shui Photography / Veer

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-8441-619-7

Depósito legal: B-28.250-2010

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso en Limpergraf

Pol. Ind. Can Salvatella

C/. Mogoda, 29-31

08210 Barberà del Vallès

Encuadernado en Encuadernaciones Bronco

GT 1 6 1 9 7

*Para Jessica Brody,
que tiene tantísimo talento en tantas cosas
¡que ni siquiera es justo!*

Cada hombre tiene su propio destino; el único imperativo es seguirlo y aceptarlo, sin importar adónde lo lleve.

HENRY MILLER

Capítulo uno

—**C**ierra los ojos e imagínalo. ¿Lo ves?

Asiento con los ojos cerrados.

—Imagínalo justo delante de ti. Visualiza su textura, su forma, su color... ¿Lo tienes?

Sonrío mientras formo la imagen en mi cabeza.

—Vale. Ahora estira el brazo y tócalo. Palpa su contorno con la yema de los dedos, sopésalo en la palma de las manos, y luego combina las percepciones que recibes con todos los sentidos: la vista, el tacto, el olfato, el gusto... ¿Puedes saborearlo?

Me muerdo el labio para reprimir una risita tonta.

—Perfecto. Ahora combínalo todo con esa sensación. Debes creer que existe y que está justo delante de ti. Siéntelo, míralo, tócalo, saboréalo, acéptalo... ¡Dale forma! —me ordena él.

Y lo hago. Hago todas esas cosas. Y cuando suelta un gruñido, abro los ojos para verlo por mí misma.

—Ever... —Sacude la cabeza—. Se supone que debías pensar en un aguacate, y esto ni siquiera se le parece.

—No, no hay nada frutal en él. —Me echo a reír al ver a mis dos Damen: la réplica que he hecho aparecer delante de mí y la versión de

carne y hueso que está a mi lado. Ambos tienen la misma estatura, son igual de morenos y tan increíblemente guapos que no parecen reales.

—¿Qué voy a hacer contigo? —pregunta al aire el Damen real, que intenta lanzarme sin éxito una mirada reprobatoria. Sus ojos siempre lo traicionan: nunca reflejan otra cosa que no sea amor.

—Hum... —Paseo la mirada entre mis dos novios: el real y el que he conjurado—. Podrías venir aquí y darme un beso. Pero, si estás muy ocupado, le pediré a él que lo haga; no creo que le importe. —Señalo a la manifestación de Damen, y me echo a reír cuando lo veo sonreír y guiñarme un ojo, aunque su contorno se está desvaneciendo y pronto desaparecerá.

Sin embargo, el Damen real no se ríe. Se limita a negar con la cabeza antes de decirme:

—Ever, por favor... Tienes que ponerte seria. Hay muchas cosas que debo enseñarte.

—¿Por qué tanta prisa? —Ahueco la almohada y doy unos golpecitos con la mano en el espacio que hay a mi lado con la esperanza de que él se aparte del escritorio y venga hasta mí—. Según tengo entendido, si algo nos sobra es tiempo... —Sonrío. Y cuando él me mira, todo mi cuerpo comienza a arder y me quedo sin aliento. No puedo evitar preguntarme si alguna vez conseguiré acostumbrarme a su increíble belleza: esa piel suave y morena, el pelo castaño y brillante, su rostro perfecto y su cuerpo escultural... El yin ideal para mi pálido y rubio yang—. Vas a descubrir que soy una alumna muy aplicada —le digo mirándolo a los ojos: dos pozos oscuros de profundidades insondables.

—Eres insaciable —susurra, y sacude la cabeza con aire resignado mientras se acerca y se acurruca junto a mí.

—Solo intento recuperar el tiempo perdido —murmuro.

Siempre anhele esos momentos, esos instantes en los que estamos a solas y no tengo que compartirlo con nadie más. Aunque sé que tenemos toda la eternidad por delante, no puedo evitar sentirme avariciosa.

Se inclina hacia delante para besarme, dando así por terminada nuestra lección. Todo pensamiento acerca de manifestaciones, visiones remotas, telepatías... todos esos rollos psíquicos han sido sustituidos por algo mucho más cercano mientras me aplasta contra la pila de almohadas y se echa encima de mí, entrelazando nuestros cuerpos como dos enredaderas que buscan el sol.

Sus dedos se cuelan por debajo de mi camiseta y se deslizan por mi abdomen en busca de mi sujetador. Cierro los ojos y le digo en un susurro:

—Te quiero. —Palabras que en cierta ocasión reprimí y que, después de pronunciarlas por primera vez, apenas he dicho otra cosa.

Oigo su suave gruñido mientras me desabrocha el sujetador con facilidad, con maestría, sin torpezas ni forcejeos.

Todos sus movimientos son tan elegantes, tan gráciles, tan perfectos, tan...

Quizá demasiado perfectos.

—¿Qué pasa? —pregunta cuando lo aparto de un empujón. Tiene la respiración agitada y sus ojos rodeados de piel suave y tersa buscan los míos.

—No pasa nada.

Me doy la vuelta para recolocarme la camiseta, contenta de haber aprendido bien la lección sobre cómo ocultar mis pensamientos, ya que eso es lo único que me permite mentir.

Él suspira y se aparta, negándose el hormigueo que me provoca su tacto y el calor de su mirada mientras se pasea delante de mí. Y, cuando por fin se detiene y me observa, aprieto los labios: sé lo que viene a continuación. Ya hemos pasado antes por esto.

—Ever, no trato de presionarte ni nada de eso. De verdad que no —dice con la expresión contraída por la preocupación—. Pero tendrás que superarlo en algún momento y aceptarme como soy. Puedo hacer aparecer cualquier cosa que desees, enviarte imágenes y pensamientos telepáticos siempre que estemos separados, llevarte a Summerland en un santiamén. Pero no puedo cambiar el pasado. Las cosas son como son.

Clavo la mirada en el suelo. Me siento diminuta y muy avergonzada. Detesto no ser capaz de ocultar mis celos e inseguridades; odio que sean tan evidentes y ostensibles. Porque da igual qué tipo de escudo psíquico cree; no sirve de nada. Damen ha tenido seiscientos años para estudiar el comportamiento humano (para estudiar mi comportamiento), y yo solo dieciséis.

—Es que... tienes que darme un poco más de tiempo para que pueda acostumbrarme a todo esto —le digo mientras juego con la costura deshilachada de la funda de la almohada—. Ha pasado muy poco tiempo. —Me encojo de hombros al recordar que hace apenas tres semanas maté a su ex mujer, le dije que le quería y sellé mi destino inmortal.

Él me contempla con los labios apretados y la mirada incrédula. Y, aunque solo nos separan unos cuantos pasos, la atmósfera es tan tensa y cargada que parece que nos separe un océano entero.

—Me refiero a esta vida —le aclaro con voz temblorosa al tiempo que me incorporo con la esperanza de llenar el vacío y aligerar la

tensión—. Y, puesto que no puedo recordar las otras vidas, es lo único que tengo. Solo necesito un poco más de tiempo, ¿vale?

Sonrí con nerviosismo. Noto los labios torpes y entumecidos, y me esfuerzo por controlarlos. Dejo escapar un suspiro de alivio cuando se sienta a mi lado, lleva sus dedos hasta mi frente y acaricia el lugar donde estaba mi cicatriz.

—Bueno, eso es lo único que jamás se nos acabará.

Suspira y desliza los dedos por mi mandíbula mientras se inclina para besarme. Sus labios se detienen en mi frente y en mi nariz antes de acercarse a mi boca.

Y justo cuando creo que va a besarme de nuevo, me da un apretón en la mano y se aparta. Se dirige a la puerta y se marcha de la habitación, no sin antes dejar un hermoso tulipán rojo en el lugar que acaba de abandonar.

Capítulo dos

Aunque Damen puede percibir el momento exacto en el que mi tía Sabine dobla por nuestra calle y se acerca al camino de entrada, no es esa la razón por la que se marcha.

Se marcha por mí.

Por el simple hecho de que me ha perseguido durante cientos de años, me ha buscado en todas mis encarnaciones solo para que podamos estar juntos.

Pero nunca hemos estado «juntos».

Lo que significa que «eso» jamás ha ocurrido.

Al parecer, cada vez que estábamos a punto de dar el siguiente paso y consumir nuestro amor, su ex mujer, Drina, aparecía y me mataba.

Sin embargo, ahora que la he matado (acabé con ella con un certero aunque débil golpe en su maltrecho chacra del corazón) no hay nada ni nadie que se interponga en nuestro camino.

Salvo yo.

Porque aunque quiero a Damen con todo mi ser, y desde luego que deseo dar el siguiente paso, no puedo dejar de pensar en los últimos seiscientos años.

Y en cómo decidió vivirlos Damen. (De una forma poco habitual, según él.)

Y en con quién decidió vivirlos. (Además de a su ex mujer, Dri-
na, ha mencionado a muchas otras.)

Y, bueno, por mucho que deteste admitirlo, saber eso hace que me sienta un poco insegura.

Vale, puede que muy insegura. Está claro que la patética y corta lista de chicos a los que he besado no puede compararse con sus seis siglos de meritorias conquistas.

Y, aunque sé que es ridículo, aunque sé que Damen me ha querido durante siglos, el hecho es que el corazón atiende a razones que la razón no entiende.

Y, en mi caso, nunca mejor dicho.

No obstante, cada vez que Damen viene a darme una de sus lecciones, consigo convertir el momento en una prolongada sesión de besos y empiezo a pensar: «¡Ya está! ¡Esta vez sí que va a pasar!».

Pero luego lo ahuyento de mí como si fuera el peor de los tormentos.

Y la verdad es que él no habría podido expresarlo mejor. No puede cambiar su pasado. Las cosas son como son. Y lo hecho hecho está. No se puede rebobinar. No hay vuelta atrás.

Lo único que la gente puede hacer es seguir adelante.

Y eso es justo lo que debo hacer.

Dar ese enorme salto sin hacerme preguntas, sin mirar atrás.

Olvidar el pasado y labrarme un futuro.

Ojalá fuera tan fácil...

—¿Ever? —Sabine sube por las escaleras mientras yo recorro la habitación en un frenético intento por ordenarla, me siento frente al escritorio y trato de fingir que estoy ocupada—. ¿Todavía estás levantada? —pregunta al tiempo que asoma la cabeza por la puerta. Aunque tiene el traje arrugado y los ojos cansados y enrojecidos, el aura que flota a su alrededor muestra un bonito tono verde.

—Estaba terminando algunos deberes —respondo antes de apartar el ordenador portátil, como si lo hubiera estado utilizando.

—¿Has comido? —Se apoya contra el marco de la puerta con los ojos entornados en una expresión suspicaz. Su aura se aproxima a mí: es un detector de mentiras que, sin saberlo, mi tía lleva consigo a todas partes.

—Por supuesto —replico. Asiento y sonrío en un esfuerzo por parecer sincera, aunque lo cierto es que siento la mentira grabada en mi rostro.

Odio tener que mentir a la gente. Sobre todo, a ella. Y más después de lo que ha hecho por mí, después de acogerme tras el accidente en el que murió toda mi familia. Lo cierto es que no tenía por qué hacerlo. Que sea mi único pariente vivo no significa que no pudiera haberse negado. Y seguro que se pasa la mayor parte del tiempo deseando haberlo hecho. Su vida era mucho menos complicada antes de mi llegada.

—Me refiero a si has tomado algo que no sea esa bebida roja.

Señala con la cabeza la botella que hay sobre mi escritorio, el líquido rojo opalescente de extraño sabor amargo que ya apenas me repugna como antes. Lo cual es positivo, ya que, según Damen, tendré que beberlo durante el resto de la eternidad. No es que no pueda tomar comida de verdad, es solo que ya no me apetece. Mi bre-

baje inmortal me proporciona todos los nutrientes que necesito. Y no importa si bebo mucho o poco, siempre me siento saciada.

Sin embargo, sé lo que mi tía está pensando. Y no solo porque puedo leer todos sus pensamientos, sino porque yo solía pensar lo mismo de Damen. Me molestaba muchísimo ver cómo apartaba la comida y «fingía» comer. Hasta que descubrí su secreto, claro está.

—Yo... bueno, he picado algo antes —digo al fin, intentando no apretar los labios, apartar la mirada ni encogerme: mis habituales signos delatores—. Con Miles y con Haven —añado con la esperanza de que eso explique la falta de platos sucios, aunque sé que proporcionar muchos detalles dispara la alerta: «¡Mentiroso a la vista!»—. Además, Sabine es una de las mejores abogadas de su prestigioso bufete, con lo cual se le da increíblemente bien detectar a un farfante. No obstante, reserva ese particular don suyo para su vida profesional, mientras que en su vida privada, prefiere creer a pies juntillas.

Salvo hoy. Hoy no está dispuesta a tragarse nada de lo que le digo. En lugar de eso, me mira y dice:

—Estoy preocupada por ti.

Me giro para mirarla a la cara con la esperanza de parecer sincera, dispuesta a escuchar sus preocupaciones, a pesar de que me ha dejado atónita.

—Estoy bien —le digo, y sonrío para que se lo crea—. De verdad. Estoy sacando buenas notas, me llevo bien con mis amigos, y Damen y yo estamos... —Me quedo callada al darme cuenta de que jamás le he hablado sobre mi relación, jamás la he definido con exactitud, reservándome la información para mí. Y lo cierto es que ahora que he empezado la frase no sé muy bien cómo terminarla.

Bueno, decir que somos novios sonaría demasiado frívolo e inadecuado si se tiene en cuenta nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro, porque es evidente que la historia que hemos compartido nos convierte en mucho más que eso. Con todo, tampoco pienso proclamar en voz alta que somos almas gemelas y compañeros eternos: sonaría demasiado cursi. Y para ser sincera, prefiero no calificar la relación que nos une. Ya me confunde bastante tal como está. Además, ¿qué podría decirle a mi tía? ¿Que nos hemos querido durante siglos pero que todavía no hemos conseguido dar el siguiente paso?

—Bueno, a Damen y a mí... nos va muy bien —digo por fin. Traigo saliva al darme cuenta de que he dicho «bien» y no «genial», lo que debe de ser la primera verdad que ha salido de mi boca en todo el día.

—Así que ha estado aquí. —Deja el maletín de piel marrón en el suelo y me mira. Ambas somos muy conscientes de con cuánta facilidad he caído en su trampa de abogada.

Asiento mientras me reprendo mentalmente por insistir en que nos quedáramos en mi casa en lugar de ir a la suya, como había propuesto Damen en un principio.

—Me ha parecido ver pasar su coche a toda velocidad. —Su mirada se posa en la cama desordenada, en el caótico montón de almohadones y en el edredón arrugado. Cuando vuelve a mirarme no puedo evitar encogerme, sobre todo porque sé lo que viene a continuación—. Ever —dice con un suspiro—, siento mucho no estar aquí todo lo que debería y que no podamos pasar más tiempo juntas. Y, aunque todavía estamos buscando la manera de llegar la una a la otra, quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que ne-

cesites. Si alguna vez quieres hablar con alguien, aquí estoy yo para escucharte.

Aprieto los labios y asiento. Sé que aún no ha terminado, pero espero que quedándome callada y mostrándome complaciente sirva para que termine cuanto antes.

—Porque, aunque lo más probable es que creas que soy demasiado vieja para entender por lo que estás pasando, te aseguro que recuerdo muy bien lo que se siente a tu edad. Lo abrumadora que puede resultar la presión de los medios, que te instan a compararte con actrices, modelos y otros personajes de la televisión.

Trago saliva con fuerza y aparto la mirada, obligándome a no reaccionar, a no gritar para defenderme: prefiero que ella crea eso a que empiece a sospechar la verdad.

Desde que me expulsaron del instituto, Sabine ha estado observándome con más atención que nunca, y desde que empezó a llenar sus estanterías con libros de autoayuda de todo tipo (desde *Cómo educar a un adolescente cuerdo en los tiempos locos que corren* hasta *Tu adolescente y los medios de comunicación: lo que tú puedes hacer al respecto*), las cosas están muchísimo peor. Estudia y subraya los comportamientos adolescentes más inquietantes y luego me observa en busca de algún posible síntoma.

—Lo único que sé es que eres una chica guapa, mucho más guapa de lo que yo lo era a tu edad, y matarte de hambre para competir con esas famosas esqueléticas que se pasan media vida entrando y saliendo de clínicas de rehabilitación no solo es un objetivo absurdo e inalcanzable, sino que acabará por hacerte enfermar. —Me mira con seriedad, desesperada por llegar hasta mí, por lograr que sus palabras calen en mí—. Quiero que sepas que eres perfecta tal y como es—

tás, y que me apena verte pasar por esto. Y si es por Damen..., bueno, entonces lo único que debo decirte es que...

—No soy anoréxica.

Me mira fijamente.

—No soy bulímica, no soy ninguna chiflada de las dietas, no me estoy matando de hambre, no quiero tener una talla treinta y dos, y no quiero parecerme a las gemelas Olsen. En serio, Sabine, ¿te parece que me estoy consumiendo? —Me pongo de pie para permitir que vea mis ajustados vaqueros en todo su esplendor; porque, en todo caso, me siento todo lo contrario a consumida. Me da la impresión de que me estoy «rellenando» a buen paso.

Ella me recorre con la mirada. Y me refiero a que me observa de arriba abajo. Empieza por la cabeza y baja hasta la punta de los pies, y sus ojos se detienen en mis pálidos tobillos (descubrí que mis vaqueros favoritos me quedaban cortos y no tuve más remedio que remangármelos para disimularlo).

—Solo pensaba que... —Se encoge de hombros sin saber muy bien cómo continuar ahora que le he expuesto motivos más que razonables para un veredicto de no culpabilidad—. Es que no te he vuelto a ver comer... y siempre estás bebiendo esa cosa roja...

—Así que has pensado que había pasado de ser una adolescente borracha a una adolescente anoréxica que se niega a comer, ¿no? —Me echo a reír para que sepa que no estoy enfadada... Quizá lo esté un poco, pero más conmigo misma que con ella. Debería haber disimulado mejor. Debería al menos haber fingido que comía—. No tienes nada por lo que preocuparte —le aseguro con una sonrisa—. De verdad. Quiero que quede claro: no tengo intención de consumir drogas ni de traficar con ellas, no voy a experimentar con ningún tipo de modifica-

ción corporal (ni cortes, ni marcas a fuego, ni escarificaciones, ni piercings) ni con ninguna otra cosa que aparezca esta semana en el *Top Ten* de los comportamientos extraños que debes buscar en tu adolescente. Y, para que conste, que beba esa cosa roja no significa que trate de parecerme a ninguna celebridad esquelética ni que quiera complacer a Damen. La bebo porque me gusta, eso es todo. Además, sé a ciencia cierta que Damen me quiere y me acepta tal como soy... —Me quedo callada, ya que acabo de empezar a hablar de otro tema en el que no quiero profundizar. Y, antes de que mi tía pueda pronunciar las palabras que se están formando en su cabeza, levanto la mano y digo—: Y no, no me refería a eso. Damen y yo estamos... —«Enamorados, saliendo en plan novios. Somos una especie de amigos con derecho a roce que están vinculados para toda la eternidad»—. Bueno, estamos saliendo. Ya sabes, juntos, como pareja. Pero no nos hemos acostado.

«Todavía.»

Mi tía me mira con una expresión tan incómoda como yo me siento por dentro. Ninguna de las dos desea profundizar en el tema, pero, a diferencia de mí, ella siente que es su deber.

—Ever, no pretendía insinuar que... —empieza a decir. Luego me mira encogiéndose de hombros y yo la miro. Al parecer, ha decidido tirar la toalla, ya que ambas sabemos sin ninguna duda que sí pretendía insinuarlo.

Me siento tan aliviada al ver que la conversación ha terminado y que he salido relativamente airosa que me pilla completamente desprevenida cuando dice:

—Bueno, puesto que parece que ese joven te importa mucho, creo que debería conocerlo. Así que vamos a quedar un día para ir a cenar los tres. ¿Qué te parece este fin de semana?

¿Este fin de semana?

Trago saliva y la observo. Sé muy bien que con esa cena pretende matar dos pájaros de un tiro. Ha encontrado la excusa perfecta para verme engullir un plato entero de comida y para subir a Damen al estrado a fin de poder acribillarlo a preguntas.

—Bueno, suena genial, pero es que la obra de Miles es el viernes. —Me esfuerzo por mantener un tono de voz firme y sincero—. Y se supone que después habrá una fiesta... y es probable que lleguemos bastante tarde... así que... —Ella asiente sin apartar la vista de mí. Su mirada es tan enigmática y perspicaz que me hace sudar—. Así que es probable que no pueda ser —concluyo. Aunque sé que tarde o temprano tendré que pasar por el aro, prefiero que sea más tarde que temprano. Bueno, quiero a Sabine y también a Damen, pero no estoy segura de si los querré a los dos juntos, sobre todo cuando empiece el interrogatorio.

Mi tía me observa unos instantes antes de asentir y darse la vuelta. Y justo cuando estoy a punto de soltar un suspiro de alivio, me echa un vistazo por encima del hombro y dice:

—Bueno, es evidente que el viernes no podrá ser, pero aún nos queda el sábado. ¿Por qué no le dices a Damen que esté aquí a las ocho?

Capítulo tres

Pese a haberme quedado dormida, consigo salir por la puerta y llegar a casa de Miles a tiempo. Ahora que Riley no está aquí para distraerme, la verdad es que tardo mucho menos que antes en prepararme. Y aunque me fastidiaba un montón que se encaramara a mi cómoda ataviada con uno de sus estúpidos disfraces de Halloween mientras me acribillaba a preguntas sobre novios y se burlaba de mi ropa, desde que la convencí para que siguiera adelante, para que cruzara el puente y se reuniera con nuestros padres y con Buttercup, que la estaban esperando, no he sido capaz de volver a verla.

Y eso significa que ella tenía razón. Solo puedo ver las almas que se han quedado atrás, no las que ya han cruzado.

Y, como siempre que pienso en Riley, se me hace un nudo en la garganta y empiezan a escocerme los ojos, y no puedo evitar preguntarme si algún día asimilaré el hecho de que se ha ido. Que se ha ido definitiva e irreversiblemente. Si bien a estas alturas debería saber lo bastante sobre pérdidas como para darme cuenta de que jamás dejas de echar de menos a alguien: como mucho aprendes a vivir con el enorme vacío que deja su ausencia.

Me enjugo las lágrimas a la entrada de la casa de Miles. Recuerdo que Riley me prometió que me enviaría una señal, algo que me demostrara que ella estaba bien. No obstante, aunque me he aferrado a esa promesa y he permanecido alerta y vigilante ante cualquier señal que indique su presencia, hasta ahora no he visto nada.

Miles abre la puerta y, antes de que tenga tiempo de decirle «Hola», él levanta la mano y dice:

—No hables. Solo mírame la cara y dime lo que ves. ¿Qué es lo primero en lo que te has fijado? Y no se te ocurra mentir.

—En tus preciosos ojos castaños —le digo al escuchar los pensamientos que le rondan por la cabeza. No es la primera vez que me entran ganas de enseñarles a mis amigos cómo ocultar sus pensamientos y mantener sus asuntos privados... precisamente en privado. Pero para eso tendría que revelar que soy capaz de leer la mente, de ver las auras y de percibir psíquicamente los secretos... Y eso es algo que no estoy dispuesta a hacer.

Miles sacude la cabeza y sube al coche antes de bajar el espejo del parasol para inspeccionarse la barbilla.

—Eres una mentirosa... Mira, ¡está justo aquí! Es como un farolillo rojo imposible de pasar por alto, así que no te atrevas a fingir que no lo has visto.

Le echo un vistazo mientras retrocedo por el camino de entrada y veo el grano que se ha atrevido a aparecer en su rostro, aunque lo que más me llama la atención es su laca de uñas rosa.

—Bonitas uñas —le digo antes de echarme a reír.

—Son para la obra. —Esboza una sonrisa desdeñosa sin dejar de mirarse el grano—. ¡No puedo creerlo! Es como si todo se hubiera echado a perder justo cuando las cosas estaban saliendo a la perfec-

ción. Los ensayos han ido genial, me sé todas mis frases tan bien como los demás... Creí que estaba total y completamente preparado... ¡Y ahora esto! —Se señala la cara con el dedo.

—Son los nervios —le digo, y le echo un vistazo justo antes de que el semáforo se ponga en verde.

—¡Exacto! —Asiente con la cabeza—. Y eso demuestra que no soy más que un aficionado. Porque los profesionales, los profesionales de verdad, no se ponen nerviosos. Se limitan a sumergirse en su área creativa y... crean. Quizá no esté hecho para esto. —Me mira con la cara tensa por la preocupación—. Quizá conseguí el papel protagonista de pura chiripa.

Lo miro de reajo mientras recuerdo que Drina aseguró haber manipulado la mente del director a fin de aumentar su interés por Miles. Pero aunque fuera cierto, eso no significa que Miles no pueda apañárselas, que no sea el mejor para el papel.

—Eso es ridículo. —Niego con la cabeza—. Hay muchísimos actores que se ponen nerviosos, que sienten pánico escénico o como se llame. De verdad. Ni te imaginas las historias que Riley solía contarme... —Me quedo en silencio con los ojos como platos y la boca abierta de par en par, sabiendo que nunca podré terminar esa frase. Que jamás podré divulgar las historias que recabó mi difunta hermanita, a quien le encantaba espiar a la élite de Hollywood—. De todas formas, ¿no te vas a poner algo así como un kilo de base de maquillaje?

Miles me mira de soslayo.

—Sí. Claro. ¿Adónde quieres ir a parar? La representación es el viernes y, por si no lo sabías, mañana resulta que es viernes. Esto no habrá desaparecido para entonces.

—Supongo que no. —Me encojo de hombros—. Pero me refería a que puedes cubrirlo con maquillaje, ¿no?

Miles pone los ojos en blanco y tuerce el gesto.

—Vaya, así que puedo lucir un enorme farolillo de color carne, ¿eso es lo que pretendes decir? Pero ¿tú lo has visto? No hay forma de disimularlo. ¡Tiene su propio ADN! ¡Hasta proyecta sombra!

Entro en el aparcamiento del instituto y ocupo mi sitio de siempre, el que está justo al lado del brillante BMW negro de Damen. Y cuando miro a Miles una vez más, por alguna razón inexplicable siento el impulso de tocarle la cara. Como si mi dedo índice se viera atraído sin remedio hacia el grano de su barbilla.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta mi amigo, que se aparta dando un respingo.

—Solo... quédate quieto —susurro, sin tener ni idea de lo que hago ni de por qué lo hago. Lo único que sé es que mi dedo tiene un objetivo muy claro en mente.

—Bueno, ¡ni se te ocurra tocarlo! —grita en el preciso instante en que entro en contacto con su piel—. Genial, esto es genial. Ahora seguro que se hace el doble de grande. —Sacude la cabeza y sale del coche.

No puedo evitar sentirme decepcionada al ver que la espinilla sigue ahí. Supongo que tenía la esperanza de haber desarrollado algún tipo de habilidad sanadora. Desde que Damen me dijo, justo después de que decidiera aceptar mi destino y empezar a beber el líquido inmortal, que podía experimentar algunos cambios, como una mejora en las habilidades psíquicas (que yo no deseo), superhabilidades físicas (con las que podría sin duda mejorar mis notas en edu-

cación física), entre otras habilidades (como la capacidad para curar a los demás, algo que me habría encantado poder hacer), he estado atenta a la aparición de cualquier cosa extraordinaria. Sin embargo, hasta el momento, lo único que he conseguido ha sido un par de centímetros más de piernas, lo cual me obliga a comprarme otros vaqueros. Y eso es algo que probablemente hubiera ocurrido de todas formas con el paso del tiempo.

Cojo la mochila y salgo del coche; mis labios se encuentran con los de Damen en el mismo instante en que él se sitúa a mi lado.

—Vale, en serio. ¿Cuánto va a durar esto?

Ambos nos separamos para mirar a Miles.

—Sí, estoy hablando con vosotros. —Nos apunta con el dedo—. Me refiero a los besos, a los abrazos y a lo de darnos el tostón con vuestras constantes ñoñerías. —Sacude la cabeza y entorna los ojos—. Hablo en serio. Esperaba que a estas alturas ya hubierais acabado con todo ese rollo. No me malinterpretéis, a todos nos alegra mucho que Damen haya vuelto al instituto, que salgáis juntos de nuevo y que penséis vivir felices y comer perdices. Pero ¿no creéis que ha llegado el momento de moderar las cosas un poco? Porque algunos de nosotros no somos tan felices como vosotros. Algunos de nosotros andamos algo necesitados de amor.

—¿Andas necesitado de amor? —le pregunto con una carcajada. No me ofende lo más mínimo nada de lo que ha dicho, ya que sé que tiene mucho más que ver con los nervios de la representación que con Damen y conmigo—. ¿Qué ha pasado con Holt?

—¿Holt? —repite con un gruñido—. ¡Ni se te ocurra mencionar a Holt! ¡No sigas por ahí, Ever! —Sacude la cabeza y se da la vuelta para dirigirse a la puerta de entrada.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunta Damen, que me da la mano y enlaza sus dedos con los míos. Sus ojos revelan que aún me quiere, a pesar de lo que ocurrió ayer.

—Mañana es el estreno. —Me encojo de hombros—. Está tan asustado que le ha salido un grano en la barbilla y, claro, ha decidido que nosotros somos los culpables —le explico mientras observo cómo Miles entrelaza su brazo con el de Haven para guiarla hasta la clase.

—No volveremos a hablaros —dice mi amigo al tiempo que nos mira por encima del hombro con el ceño fruncido—. Nos pondremos en huelga hasta que dejéis de actuar como tortolitos enamorados, o hasta que este grano desaparezca, lo que ocurra primero —dice medio en serio.

Haven se echa a reír y sigue caminando a su lado mientras Damen y yo entramos en clase de lengua. Pasamos junto a Stacia Miller, que sonrío con dulzura a Damen antes de intentar ponerme la zancadilla.

Sin embargo, justo cuando deja caer su pequeño bolso en mi camino con la esperanza de provocar una sonora y humillante caída de bruces, «visualizo» cómo se eleva el bolso y «percibo» cómo se estampa contra su rodilla. Y aunque también puedo sentir el dolor, no puedo dejar de alegrarme.

—¡Ayyy! —gime al tiempo que se frota la rodilla y me fulmina con la mirada, a sabiendas de que no tiene ninguna prueba tangible de que lo ocurrido sea culpa mía.

Yo me limito a pasar de ella y a sentarme en mi sitio. Ya se me da mejor ignorarla. Desde que logró que me expulsaran por beber en el instituto he hecho todo lo posible por no cruzarme en su camino. Pero a veces... a veces no puedo evitarlo.

—No deberías haber hecho eso —susurra Damen, que intenta componer una mirada de reproche mientras se inclina hacia mí.

—Por favor... Eres tú quien quiere que practique la manifestación —digo antes de encogerme de hombros—. Parece que las lecciones por fin empiezan a dar sus frutos.

Me mira y sacude la cabeza.

—¿Sabes? La cosa está incluso peor de lo que pensaba —me dice—, porque, para tu información, lo que acabas de hacer era telequinesia, no manifestación. ¿Ves lo mucho que te queda por aprender?

—¿Tele... qué? —Entorno los párpados. El término no me resulta familiar, aunque la acción ha sido bastante divertida.

Me da la mano. Una sonrisa juguetea en la comisura de su boca cuando me susurra:

—He estado pensando...

Echo un vistazo al reloj, compruebo que pasan ya cinco minutos de las nueve y me doy cuenta de que el señor Robins acaba de salir de la sala de profesores.

—El viernes por la noche. ¿Te apetece que vayamos a algún lugar... especial? —pregunta con una sonrisa.

—¿A Summerland, por ejemplo? —Mis ojos se abren de par en par y mi pulso se acelera. Me muero por regresar a ese lugar mágico y místico. Una dimensión entre dimensiones donde puedo hacer aparecer océanos y elefantes, donde puedo mover cosas mucho más grandes que bolsos-proyector de Prada... Necesito que Damen me lleve allí.

Sin embargo, él se ríe y niega con la cabeza.

—No, a Summerland no. Aunque volveremos allí, te lo prometo. Estaba pensando en ir a... no sé... tal vez al Montage o al Ritz, ¿qué te parece? —pregunta arqueando las cejas.

—Pero la obra de Miles es el viernes y le prometí que estaríamos allí —le explico, consciente de que había olvidado convenientemente el estreno de la representación de *Hairspray* de Miles cuando pensaba que iba a ir a Summerland y que, ahora que sé que Damen quiere ir a uno de los hoteles más lujosos de la zona..., mi memoria se ha recuperado de repente.

—Vale, entonces iremos después del estreno, ¿te parece? —sugiere. Sin embargo, cuando me mira, cuando ve lo mucho que vacilo y cómo aprieto los labios en busca de una buena excusa para rechazar su proposición, asiente—. Está bien, no lo haremos. Solo era una idea.

Lo observo con la certeza de que debería aceptar, con la certeza de que quiero aceptar. Escucho una voz en mi cabeza que grita: «¡Di que sí! ¡Di que sí! Te prometiste a ti misma que darías un paso hacia delante sin mirar atrás, y ahora tienes la oportunidad de hacerlo, así que... ¡lánzate de una vez y hazlo! ¡Solo... di... sí!».

Con todo, aunque estoy convencida de que ya es hora de avanzar, aunque quiero a Damen con todo mi corazón y estoy decidida a olvidar su pasado para dar el siguiente paso, las palabras que salen de mi boca son muy distintas.

—Ya veremos —le digo. Aparto la mirada y la clavo en la puerta justo en el momento en que entra el señor Robins.